

LA ANTIGUA GENERACION DE ECONOMISTAS Y LA NUEVA (1897)*

Al aceptar la invitación con que me ha honrado para dirigir su primera conferencia el nuevo Club de Economía de Cambridge, me pareció que quizá el tema más adecuado que podría tratar sería el de la utilidad de la labor desarrollada por la generación anterior de economistas, que está llegando ahora al término de su vida profesional, y hasta qué punto dicha labor constituye la base sobre la cual debe apoyarse el trabajo de la joven generación, a la cual pertenecen la mayor parte de los miembros de este Club. Yo me propongo, por tanto, considerar algunos aspectos de la preparación llevada a cabo por la antigua generación de Economistas durante el siglo xix para la nueva generación de Economistas y el siglo xx. Las consideraciones serán necesariamente fragmentarias e incompletas. El tema es amplio y, al tratarlo hoy, se resentirá del poco espacio de tiempo de que disponemos. Pero aún más intensamente influirán las limitaciones impuestas por mi propia subjetividad. Nunca es más difícil librarse de las trabas que imponen nuestras propias creencias que cuando se intenta obtener una visión del presente para proyectarla al futuro.

La Ciencia Económica, como yo la conocí hace treinta años, era más confiada que ahora, en parte porque era menos activa. Sus proposiciones y principios generales eran atrevidos y terminantes (y las consecuencias, tantas como las que se mantenían a este lado de la orilla). Algunas de aquéllas florecieron en otros lados, especialmente en Francia. Pero la mayoría no navegaron con demasiada fortuna y, si penetraron en otros países, tenían generalmente un aire languideciente, como si no se hubiesen recobrado por

(*) La traducción ha sido realizada por Enrique Fuentes Quintana.

completo del mareo. Incluso en Inglaterra, llegó un momento en que aparecieron carentes de fuerza. Su decadencia fué sin duda apresurada por las críticas académicas, la mayor parte de las cuales procedían de una fuente: la nueva Escuela Histórica Alemana. Pero probablemente estas críticas tuvieron menos influencia que los rápidos cambios ocurridos en todo el mundo occidental, en la estructura de la sociedad y en el tono e índole del pensamiento político. Mientras, hasta aquí en lo que a Inglaterra se refiere, la experiencia de los administradores y hombres de negocios, en Asia y Africa, así como en América, habían desde hacía algún tiempo ampliado el campo de acción de la Economía y de otras fuerzas sociales. Es lógico creer, teniendo en cuenta la historia general del pensamiento y acción del pueblo inglés, que nuestros compatriotas estaban más influenciados por sus propias experiencias que por los estudios científicos de los extranjeros.

Estas experiencias fructificaron tempranamente en los escritos de Richard Jones. Son dignos de destacar sus pensamientos cuando decía en 1833:

“Debemos de tener puntos de vista amplios que nos permitan llegar a principios que sean verdaderamente comprensivos. Si tomamos un método distinto, si tratamos de asirnos a los principios generales y nos conformamos con observaciones parciales, nos ocurrirán dos cosas: primera, que llamaremos principios generales a aquellos carentes de generalidad, y así declararemos como verdades universales proposiciones que a cada paso de nuestro ulterior avance nos veremos obligados a confesar con frecuencia como falsas, y en segundo término, perderemos una serie de conocimientos útiles, como los que nos reportaría el establecer principios a través de una observación comprensiva de los hechos.”

Richard Jones no había llegado por completo a la moderna distinción entre la generalidad de las doctrinas o dogmas y la generalidad de las concepciones analíticas y las ideas, por eso su postura tiene sus defectos. Pero él dijo justamente lo que su tiempo necesitaba, y su influencia, aunque no demasiado marcada en el resto del mundo, dominó bastante tiempo el espíritu de aquellos ingleses, que llegaron a un estudio profundo de la Ciencia Económica después de que sus trabajos fueron publicados por el Dr. Whewell en 1859.

De este modo, los principios generales de la economía debían de justificar su existencia ante un tribunal que, lejos de manifestarse inclinado a aceptarlos, estaba más bien un poco predispuesto en contra. En consecuencia, llegaron a ser menos dictatoriales y admitieron humildemente sus propias limitaciones. Jamás ya una señora Trimmer, una señora Marcet o una señorita Martineau ganarán una buena reputación resumiendo los principios de la Ciencia Económica en forma de un catecismo o de simples cuentos, por cuya ayuda cualquier educadora inteligente puede aclarar a los pequeños a su cargo dónde se encuentra la verdad económica y poder enviarlos más tarde sólidamente preparados, tanto para asesorar a hombres de estado y comerciantes como para elegir el camino verdadero en la política económica y evitar los confusio-nismos. Es ahora patente, incluso para aquellos que son apresu-rados, que ninguno de los problemas prácticos se pueden plantear improvisadamente, acudiendo a las doctrinas generales; porque las cosas que deben tomarse en consideración son tan diversas y nues-tro conocimiento de gran parte de ellas tan superficial, que no constituyen una base segura para una prueba formal. Algunas ve-ces deben de tomarse como conjeturas; otras, deberá decidirse más bien por sentido común que razonando de acuerdo con una estricta lógica.

Así, pues, la perfección creciente de la maquinaria científica en la Ciencia Económica, lejos de disminuir la responsabilidad del sentido común, más bien la aumenta, ya que éste amplía y profun-diza en los recursos que debe utilizar el economista, y la última decisión, por fin, habrá de apoyarse en su sentido práctico. Por otra parte, la retirada de los principios y proposiciones generales ha venido acompañada no por una disminución, sino por un aumen-to de su autoridad efectiva. Su misión no es ya la de empuñar la pesada hacha de guerra y lanzar el sonoro grito de batalla a la manera de Ricardo Corazón de León, sino la de mantenerse en la retaguardia, igual que un moderno general, pero controlando un mayor número de fuerzas que antes. Ejercen una influencia más amplia y poderosa sobre las ideas, y las ideas conforman el discuirir del mundo.

El progreso del conocimiento, en la Ciencia Económica, ha puesto de manifiesto repetidamente que los hechos reales son más

diversos y complejos tal como los retrata el mundo del pensamiento, y de aquí han inferido algunos que cuanto más se conozca de las fuerzas fundamentales de la economía y de la vida social aparecerá una mayor diversidad. Pero la razón de esta proposición es la ignorancia de la experiencia de la ciencia física, que ha seguido el mismo camino por delante de la ciencia social. La física ha aprendido que un conocimiento creciente de la variedad y complejidad de los fenómenos de la naturaleza ha venido acompañado, frecuentemente, de una disminución en el número de los principios requeridos para explicarla. Ha aprendido también que un corto número de causas puede producir una variedad infinita de resultados, y que un pequeño cambio, en la solidez de cualquiera de las fuerzas o en su sistema de combinación con otras, puede alterar el resultado, más allá del conocimiento. El descubrimiento de auténticas afinidades entre cosas que aparecen completamente diferentes al observador precipitado se ha considerado hace tiempo como una de las tareas fundamentales de la física.

De este modo, nosotros no podemos predecir los resultados, dado un simple conocimiento de las fuerzas fundamentales, sin llevar a cabo una investigación completa de las circunstancias particulares bajo las cuales las fuerzas actúan; un pequeño cambio en aquellas circunstancias puede alterar la acción de las fuerzas fundamentales. De aquí se deduce también que un aumento en el conocimiento de estas fuerzas debe estimular, más bien que reprimir, el estudio de los hechos particulares. Tal es lo que ha ocurrido efectivamente. La ley de la gravedad de Newton estimuló el trabajo de los observadores astronómicos. El desarrollo de las leyes de Darwin de la lucha y supervivencia suscitó, sin duda, un mayor interés hacia un estudio exacto y minucioso de los hechos particulares, más que cualquier otro descubrimiento haya podido producir jamás. No es esto todo. Si principios simples y elementales tienen ya una afirmación sólida en cualquier cuerpo de conocimiento, cada nuevo hecho tiene una oportunidad mayor de atraer la atención de la que tenía antes de que el conocimiento estuviese sistematizado. Los rayos de Röntgen estimulan al pensamiento y a una observación ulterior, a causa de su tendencia a modificar los principios generales.

Durante el siglo xix ha habido, tanto entre los economistas como

entre los estudiosos de las ciencias físicas, una creciente tendencia a reconocer que la infinita variedad y complejidad de las formas de la naturaleza eran compatibles con una maravillosa simplicidad de sus principios fundamentales. La búsqueda de propiedades particulares llegó a ser más intensa; pero esta tendencia, que alguna vez supuso un elemento disociativo en el estudio de los principios generales, ha desaparecido casi en la actualidad.

Es reconocido actualmente por todo el mundo que una inferencia de un conjunto de hechos de otros tantos, si está motivada por un razonamiento formal o instintivo no implica un proceso, sino dos. Implica, en primer término, pasar de proposiciones e ideas particulares a las generales; y en segundo lugar, un paso hacia atrás de las ideas y proposiciones generales a las particulares. Rara vez podemos inferir proposiciones particulares de otras particulares sin pasar a través de las generales, a pesar de lo simple que pueda ser el tema objeto de nuestro estudio, y nunca podemos obrar así en los complejos problemas de la vida social.

Paralelamente a este avance, aparece una mayor habilidad en la interpretación de los pensamientos parciales de los economistas de los primeros tiempos. Hemos aprendido que muchos de ellos fueron verdaderos profetas, con un gran sentido de observación, y que lo que querían decir era, en su mayor parte, cierto dentro de sus límites, aunque lo que dijeran no nos sugiera a nosotros lo que en sus mentes había hasta que hemos hallado las premisas latentes que ellos instintivamente tomaron como apoyo. No vemos en ellos ya la misma enseñanza que antes, sino lo que ahora buscamos lo hemos obtenido de ellos. Un ulterior avance es el reconocimiento de que, en la Ciencia Económica, operamos con el total de la naturaleza humana, aunque nos detengamos, sobre todo, en ciertos aspectos de ella. De aquí se sigue que, en la medida en que nos fundamentamos sobre la historia total del tiempo pasado, así será la historia en conjunto. Necesitamos, más que historia económica, más que una historia de las instituciones y costumbres económicas, salarios y precios (comercio y finanzas), una historia del hombre mismo y la historia económica contribuyendo a esto. Podemos tomar un ejemplo: la historia del socialismo es de gran valor, pero no de la clase que corrientemente se le atribuye. Es de poca utilidad como relación de acontecimientos particulares, de los cua-

les se puedan deducir inferencias específicas aplicables a los modernos problemas. Los problemas del socialismo de hoy son bien distintos de los de los primeros tiempos. Las fuerzas de reforma y de resistencia al cambio, las relaciones económicas nacionales e internacionales son totalmente diferentes: la esencia del problema de reforma social ha cambiado, la maquinaria con la cual ésta tiene que operar es completamente distinta y el éxito o fracaso de cualquier antiguo experimento social no arrojará media luz sobre cualquier problema concreto de nuestro ahora. Pero cada experiencia del pasado arroja alguna luz sobre la naturaleza humana. Y la historia de tales experiencias aclara tanto la dinámica como la estática de la naturaleza humana, tiende a poner de manifiesto no sólo lo que la naturaleza humana era en aquel tiempo, sino también y sobre todo cómo se ha desarrollado. Representa una gran ayuda para estimar la dirección y el tipo de crecimiento de la naturaleza humana en el futuro, y especialmente de aquel aspecto de la naturaleza humana que es más importante de comprender para nosotros cuando consideramos los atrevidos esquemas modernos de reforma social.

La ciencia social o la historia razonada del hombre, porque las dos cosas son lo mismo, está elaborando su camino hacia una unidad fundamental; justamente lo mismo que está haciendo la ciencia física o, lo que es lo mismo, la historia razonada de los fenómenos naturales. La ciencia física está buscando su oculta unidad en las fuerzas que gobiernan el movimiento molecular, la ciencia social busca su unidad en las fuerzas de carácter humano. A ello tiende toda la historia, de ello emana toda predicción, toda guía para el futuro.

No es momento éste para lamentarse de que el nombre de historia haya sido usurpado muchas veces, por lo que no es sino un fragmento de historia. Fuera del embrollado complejo que constituye la historia del hombre, sólo unas pocas hebras han mostrado su extremo y han sido seleccionadas e investigadas, reportando un considerable progreso para las instituciones y acontecimientos políticos. La rama de la historia política ha caminado a la cabeza de las demás ramas, porque es importante por sí misma, porque es definida pintoresca de interés general y se autoabastece con datos que la pertenecen de una manera especial. Arroja in-

cidentalmente una brillante luz sobre el desarrollo de la naturaleza humana y de esta manera, a través de los acontecimientos particulares que en ella se registran, aporta una gran ayuda para el trazado del devenir de la historia económica. De esta manera supone un gran progreso tener historia política ya hecha, y sólo por esta causa los economistas del futuro tendrán un mayor dominio de su trabajo del que tuvieron los economistas "clásicos". Tendrán una gran deuda también con las ideas utilizadas por la ciencia física, que han sido adaptadas a algunos aspectos parciales y limitados de las ciencias sociales.

No fué plenamente reconocido por los antiguos economistas que, en su predilección por el estudio de las tendencias, estaban trabajando en realidad para obtener justamente aquel dominio del conocimiento, donde se han fundamentado los sucesivos triunfos de la ciencia física. Sin embargo, al estudiar los hechos particulares, con el propósito de inferir tendencias, ellos estaban conformes con el canon ya apuntado, de que pasar de particulares a particulares no se puede hacer sino a través de las generales, y también con un segundo canon, que la importancia de los hechos particulares de la naturaleza radica en la luz que puedan arrojar sobre el proceso de la naturaleza o, en otras palabras, que desde lo que es tenemos que averiguar lo que va a ser: desde el "das sein" hemos de averiguar el "das werden".

En años recientes, los economistas han tenido más contacto con la ciencia física, utilizando de ella algunas claras y poderosas frases, mediante las cuales la ciencia natural ha podido explicar y describir las tendencias de la naturaleza más fácil y precisamente de lo que es posible en el lenguaje ordinario.

Se han encontrado ante el hecho de que todos los fundamentos del moderno conocimiento incluyen un estudio de las tendencias en la forma, más o menos desfigurada, de una consideración de las relaciones entre las variaciones infinitesimales de las diferentes cosas. Este estudio puede hacerlo el hombre dotado con una agilidad mental corriente, aunque no se dé cuenta de ello; el hombre de ciencia lo hace y sabe lo que hace, aunque se dirija después a un auditorio popular y traduzca lo que ha hecho a un lenguaje menos claro y preciso, pero más familiar. Este trabajo de los nuevos métodos está lejos de finalizar: queda aún mucho por hacer

a vuestra generación. Pero se ha iniciado en principio, y no será impedimento para vosotros, sino más bien ayuda, el que muchos contemplen este movimiento con suspicacia.

Sus críticas os ayudarán a ser cuidadosos y a no tratar de perder de vista el conocimiento positivo y la observación, así como a no olvidar las diferencias de carácter entre los hechos y fuerzas del mundo físico y las del mundo moral.

* * *

Podemos pasar ahora a un aspecto del análisis mucho menos técnico. Generalmente hablando, el siglo XIX ha logrado en gran parte el "análisis *cualitativo* en la Ciencia Económica", pero no ha ido más lejos. Ha sentido la necesidad del análisis *cuantitativo* y ha intentado algún ensayo preliminar de la forma en que debía conseguirlo; pero el logro total de esta idea permanece todavía en suspenso. Análisis *cualitativo* y *cuantitativo* son términos prestados de la química, una ciencia que opera con las cosas tal y como son y no con su crecimiento; y, por tanto, los términos no son exactamente los que necesitamos. Pero pueden servirnos. El análisis *cuantitativo* enseña al especialista en siderurgia que hay *algún* sulfuro en su mineral, pero no le puede servir para decidir si merece la pena fundir el mineral entero y, si es así, mediante qué proceso. Para este caso, es necesario el análisis *cuantitativo*, que le dirá *cuánto* sulfuro hay en el mineral. Y así ocurre también en la Ciencia Económica. Cada acontecimiento tiene muchos efectos; algunos obran bien; otros, mal. Algunos son permanentes, otros pasarán rápidamente. Algunos crecen acumulativamente, otros motivan una reacción. Los simples análisis *cualitativos*, entonces, no mostrarán la dirección resultante de las fuerzas económicas. Puede mostrar ganancia aquí y pérdida más allá; pero no nos dirá si la ganancia es suficiente para compensar la pérdida, ni si la ganancia debiera perseguirse a pesar de la pérdida. No obstante, para el propósito de la actividad práctica debe tomarse esta decisión. Es inútil decir que ganancias y pérdidas variadas son incommensurables y que no pueden compensarse entre sí. Porque deben ser, y en efecto lo son, sopesadas antes de cualquier decisión.

Por consiguiente, las leyes del deber imponen límites que no

pueden transponerse; justamente como cuando, en el ajedrez, un rey está al borde derecho del tablero, no se puede mover más hacia la derecha. Pero el hecho de que las leyes del ajedrez regulen sus movimientos en conjunto no evita que el juego consista principalmente en una serie variable de movimientos de las piezas, de los cuales unos serán más ventajosos que otros, y en el curso del mismo deberá tenerse en cuenta la ventaja del valor de las distintas piezas frente al de las posiciones que ocupan. Una pieza y una posición son lógicamente diferentes por completo; pero no será buen jugador de ajedrez el que no pueda considerar ambas cosas a la vez. Y aunque hay algunas cosas que ningún hombre de estado debe hacer, ni ningún economista recomendar; sin embargo, la acción del hombre de estado y el consejo del economista deben basarse tan exactamente como sea posible en la relativa importancia de las distintas clases de ventajas de una serie de cosas que son lógicamente heterogéneas.

Debe hacerse aquí una distinción entre las comparaciones relativas que la gente lleva a cabo de las distintas cosas que se refieren a su bienestar físico, mental y moral y las valoraciones relativas que, como filósofos y moralistas, nosotros pensamos que deben asignarse a esas cosas. Los instintos éticos y la filosofía son la suprema autoridad al decidir qué finalidad debe perseguirse. Pero, al estudiar los hechos del pasado y considerar esquemas para el futuro, lo que nos interesa, en primer lugar, son las cosas que la gente ha deseado y desea; y en segundo término, podemos pasar a considerar a qué cosas podría inducirse a la gente a desear en el futuro. Sin duda, su valoración es a menudo alocada, superficial, algunas veces innoble e incluso perversa. Los filósofos, como lo que nosotros nos esforzamos en ser, no constituimos seguramente excepción a esta regla. Podemos desear qué caminos de todos fuesen diferentes, podemos exhortarnos a nosotros mismos y a los demás para seguir mejores caminos; pero, asimismo, debemos estudiar al género humano como es en realidad. No debemos situarnos en un mundo irreal, como *podría* o *debiera ser*, y efectuar esquemas para él. Este camino conduce a la locura social y a una equivocación llena de fogosas aspiraciones que termina en una fría reacción. Nuestro primer deber de economistas es realizar un catálogo razonado del mundo tal y como es y no permitir nunca en

nuestras consideraciones tanto que las fuerzas justifiquen el grado de solidez de cualquier contingencia social para ser apoyada por nuestra opinión como que las fuerzas deban probar necesariamente este grado de solidez. Una parte importante del trabajo que compete a los economistas del siglo xx es realizar esta estimación. No bien, porque ello es imposible, sino algo mejor de lo que se ha venido haciendo hasta ahora.

Los antiguos economistas estaban en realidad proponiendo el análisis cuantitativo cuando intentaban situar las cosas en su perspectiva exacta, en su proporción cierta. Se propusieron hacer hincapié en *aquello que no es visto*, porque es oscuro o remoto, en oposición a la tendencia popular, que se fija especialmente en *lo que se ve*, ya que puede ocurrir que una luz potente se apague, precisamente porque está cerca y al alcance de la mano, y tuvieron como objetivo defender los intereses de la masa paciente y silenciosa frente a las reclamaciones de unos pocos poderosos y fuertes. Porque como Fortrey dijo, hace más de dos siglos:

“Las ventajas privadas constituyen a menudo un obstáculo para el beneficio público, ya que en aquello que deba perder una sola persona se harán esfuerzos para impedir la ganancia pública, de donde se deducen los éxitos enfermizos que por lo regular se siguen de los esfuerzos realizados en pro del bien público; se persigue corrientemente con cierta frialdad, porque el beneficio está quizás lejos de aquellos que lo promueven, pero el daño es conocido y cierto para aquellos que se oponen, y el interés, más bien que la razón, es quien dirige los afectos de los hombres.”

En una controversia económica, los pocos poderosos y fuertes son, a menudo, un grupo de productores que plantean sus asuntos adecuadamente y que muestran grandes recursos y energía escuchándose ellos mismos. De aquí se deriva la tradición de que el economista está de parte del consumidor y enfrente del productor, intenta proteger la masa indiferenciada que consume los productos de una industria particular contra los pocos que atacan esa industria.

Un buen ejemplo de la dificultad que para vosotros constituye obtener las cantidades adecuadamente es la observación de la reclamación inversa, que aparece en primer término en nuestros días. Que el interés de los consumidores es en realidad menos im-

portante que el de los productores, porque los productores son muchos y los consumidores pocos; los términos consumidor y productor se toman en un sentido forzado, pero de una manera distinta a la vieja época. Por supuesto, todo el mundo es consumidor y todo el mundo productor (o dependiente de un productor), porque la renta solamente puede derivarse del trabajo que toma parte en la producción, o de la propiedad de algún bien que interviene en la producción. Pero cuando decimos que los consumidores son pocos y los productores muchos, consideramos como consumidores a aquellos cuyas rentas les facilitan ampliamente el consumo, y productores, a aquellos que trabajan a cambio de un salario. Es así como los economistas deben tratar y plantear la cuestión. Nos ofrece un ejemplo la historia del vendedor oriental de tapices, que no debe considerarse totalmente desprovista de fondo; dicho vendedor disculpaba el elevado precio que pedía por su mercancía asegurando que el bordado era tan fino, que diez personas habían perdido la vista y muchas más habían resultado seriamente perjudicadas trabajando en pieza tan singular. La codicia o el anhelo artístico del consumidor rico habrían sobrepesado el bienestar de los productores en este ejemplo, y podríamos obtener otros ejemplos más cerca de nosotros de algunos gremios en los que las horas de trabajo son excesivas, o se desarrollan en condiciones malsanas. Tales ejemplos de discordia social son hechos que el economista debe admitir, son el resultado de las leyes naturales que debe contribuir a neutralizar.

Pero son ejemplos excepcionales, y yo creo que la aseveración de que los intereses de los hombres que trabajan son los de los productores más que los de los consumidores es muy pocas veces cierta, incluso en el sentido limitado y artificial en el que las palabras se utilizan. La cuestión es de cantidades relativas y constituye una equivocación, en parte porque la gente desconoce la dirección adecuada para tener cuidado de sus cantidades.

Por ejemplo, cuando los hombres que trabajan se consideran a sí mismos como consumidores, rara vez lo hacen de una manera adecuada. Saben que son consumidores de alimento y vestido. Pero no se consideran consumidores de algunas cosas, como hierro. Piensan que el precio del hierro se relacionará con los ferrocarriles, compañías navieras y otros capitalistas que lo adquieran. Pero, en

realidad, un precio bajo del hierro constituye un beneficio para el hombre que trabaja superior al de cualquier otro. Es causa fundamental del poder de compra de sus salarios, que resulta del descenso en los precios de su alimento y vestido, mientras que el precio de su trabajo se mantiene igual. Todo el mundo es capaz de discutir los grandes beneficios que el progreso económico lleva consigo y de considerar cualquier pequeño inconveniente que de él se derive como una injusticia soportable. Pero el progreso no es un tema de discusión. Es el resultado del esfuerzo.

Si no hubiese habido mejora en las máquinas de vapor y en la manufactura del hierro durante los últimos cincuenta años, el poder adquisitivo del salario de los ingleses sería mucho menor de lo que es en la actualidad. No sé exactamente en qué cantidad menor, pero me parece que aproximadamente en un 30 ó 40 por 100. Algunas de las cantidades del problema deben permanecer siempre como simples conjeturas, pero otras podrán manifestarse con relativa seguridad. Esta clase de trabajo es la que corresponde al economista académico, ya que él no tiene un interés personal o de clase que pueda ponerle en guardia ante cualquier conclusión que las cifras puedan indicar cuándo son cuidadosamente interpretadas. Acepta las premisas de las clases trabajadoras de que el bienestar de muchos es más importante que el de pocos. Está especialmente capacitado para descubrir la falsedad del espejismo a que da lugar el hecho de que el "comfort" de unos pocos ricos tiene algunas veces un poder de mandato en el mercado superior a las necesidades urgentes de muchos pobres, y que en el mercado serán mejorados aquéllos. Encontrándose seguro, en la conciencia de su propia rectitud, el economista de la nueva generación, más incluso que el de la pasada, debe osar cuando la ocasión surja oponerse a la multitud en su propio beneficio. Debe analizar, por ejemplo, los métodos que la gente intenta tomar para asegurar un salario mínimo elevado, llamado falsamente salario vital, y deberá mostrar cuál de aquéllos tendrán efectos indirectos, que causarán a los trabajadores en general una pérdida mayor que el beneficio.

Clamar por un salario vital. He aquí el grito lanzado por los cargadores de muelle y mineros, por los obreros de las industrias fabriles, por los sopladores de vidrio y por los liberos capitalistas.

Estos aparecen fuertemente unidos, y la gente no ve que la ma-

yor parte de las cosas, solicitadas masivamente, son de tal categoría, que si fuesen perseguidas por la generalidad resultarían todos empobrecidos. Es cierto que un principio esencialmente importante descansa en la raíz de este movimiento por un salario vital. Los economistas han luchado por él en el pasado, y sus sucesores pueden necesitar seguir peleando por él otra vez. Pero cuando ustedes han comenzado su labor, el movimiento por un salario vital ha llegado a ser tan popular, que es menos necesario considerar largamente sus méritos que analizar sus supuestos latentes, como las cantidades relativas de pérdidas y ganancias. "Hay dinero en esta rama del descubrimiento", dijo el profesor de ciencia pura, y "nosotros renunciamos a él en favor de aquellos que buscan dinero"; vosotros podéis parodiar esto y decir: "Hay popularidad en la doctrina de un salario vital, así nosotros reservamos al político la alabanza y nos reservamos la crítica."

De nuevo, adoptando una actitud de reserva frente a los movimientos que son populares, os inclinaréis más bien hacia la crítica de las profecías que están en boga. Por ejemplo, se trata de afirmar corrientemente que la contratación colectiva está a punto de desplazar a la contratación entre los individuos, como principal árbitro de la distribución y el cambio. Puede ser así, pero las predicciones de este tipo se han hecho muchas más veces de las que se han cumplido. Necesitaréis examinar de lejos el panorama que presenta la contratación colectiva y sus bases. No pensaréis que las discordias sociales tienden a disminuir, sino que os pondréis en guardia ante aquellas nuevas discordias que puedan introducirse. Porque, en realidad, se tiende claramente a que el hombre trabaje o venda no a un margen superior al cual se establece un balance de pérdida o ganancia para él, sino a un margen de equilibrio en cada caso individual. Necesitaréis ojear la historia para ver cuán a menudo la contratación colectiva, cuanto mejor tramada y fuerte en apariencia exterior, era débil y falta de profundidad en realidad. Necesitaréis vigilar la complicada red de atajos, por los cuales, cuando una persona desea vender una cosa a un precio que otra está deseando pagar, los dos se ponen de acuerdo, a despecho de las prohibiciones del rey o del parlamento, o de los oficiales de un truts o sindicato. Sin duda, que vosotros viviréis para

ver contrataciones colectivas de una fuerza social superior de la que yo no puedo préver y trabajaréis de una manera que ahora no adivino. La experiencia del pasado no presagia el futuro, pero justifica cierto escepticismo sobre la solidez de aquellas formas de contrataciones colectivas que son más ostentosas.

* * *

Estas últimas consideraciones ilustran la dificultad de predecir la naturaleza de los problemas que ocuparán principalmente a la nueva generación. Pero puede apuntarse todavía otra sugerencia sobre esta dificultad, la de mayor interés, que se basa en las predicciones que la experiencia pasada nos suministra, haciendo intervenir al azar como un medio de acción de las sanas fuerzas de la naturaleza. Porque, tanto en la vida social como en la física, la naturaleza modifica los antiguos remedios, encontrando nuevos desarrollos de antiguos males. Y yo aventuro la suposición de que vuestra generación podrá contemplar, quizá, esta fuerza curativa en mayor actividad de lo que ha estado hasta aquí.

Todo el mundo conoce la tendencia de la empresa al desarrollo, con la consiguiente transferencia de autoridad y responsabilidad del propietario individual a sus empresarios asalariados. Esto no hubiera sido posible si no hubiese venido acompañado de un gran aumento en la moralidad y honradez del hombre medio, porque, incluso en los siglos xvii y xviii, encontramos grandes compañías de comercio que quebraban aparatosamente debido a la corrupción y egoísmo de sus oficiales. Pero los hombres que llevaban a cabo esta iniquidad eran hombres corrientes, que sucumbían ante la tentación de caminar tranquilamente por rutas conocidas, marcadas por sus antecesores, evadiendo así la molestia e incomodidad de las nuevas iniciativas.

En realidad, esta tendencia a aumentar el volumen de los negocios introduce una discordia siempre creciente en la industria. El propietario de un negocio, cuando contempla cualquier cambio, es llevado por su propio interés a considerar la ganancia total que le producirá frente a lo que pueda perder en conjunto; pero el interés privado del gerente asalariado, o del oficial, le lleva en otra dirección. Porque la molestia de un nuevo experimento pesará largo

tiempo sobre él. Si falla, tendrá que soportar gran parte de la culpa, y ¿si triunfa?, sólo resultará para él una pequeña parte de la ganancia. De esta manera, el camino de menos resistencia, de mayor comodidad y menos riesgo para él es el de no esforzarse por el progreso y encontrar excusas plausibles para no seguir una mejora sugerida por otros hasta que el éxito sea seguro.

Si ésta fuese la regla general, entonces cada nueva ventaja que los cambios modernos reportan a los grandes negocios en lucha con los pequeños sería un motivo de peligro para el progreso social. Porque las economías de los grandes negocios, en contienda con los pequeños, son una materia privada. Pero el desarrollo de los métodos, desde el lugar inicial, se extiende por todo el país y más tarde por el mundo, siendo la ganancia privada que de ello resulta para el inventor algunas veces inferior en una millonésima parte a la ganancia social. Podría temerse una oxificación del organismo social, como resultado de las costumbres burocráticas, de evadir la molestia que la iniciativa supone, teniendo en cuenta, sobre todo, que los beneficios más importantes de la misma pueden ir a parar a aquellos que no han soportado la carga. Pero esta tendencia está siendo neutralizada, parcialmente al menos por varias fuerzas. El incremento en la dimensión de las industrias corre pareja con la sustitución de los métodos científicos por los empíricos, y los presupuestos de la técnica científica son ampliamente suministrados por el trabajo de laboratorio, para el cual surge incesantemente una serie de mentalidades ágiles y emprendedoras, pertenecientes a individuos nacidos del pueblo que aparecen estimulados, un poco, por la esperanza de ganar y, mucho, por la ambición intelectual y el ejemplo de otros estudiantes de ciencia.

Además de esta fuerza suministradora de energía, ha entrado en juego otra, en cierta manera parecida, cual es la de preservar del estancamiento los aspectos exclusivamente prácticos en el manejo de los negocios. Porque los expertos en negocios tienen la costumbre, más arraigada cada día, de escribir y leer diarios especializados, de organizar congresos y, en otros aspectos, de someter la propia actuación al juicio de los demás. El antiguo riesgo que suponía intentar una mejora, que acaso resultase equivocada y a la cual el público miraba con indiferencia, toma un carácter distinto cuando puede ser juzgada adecuadamente por un auditorio

capacitado, que conoce las dificultades técnicas del problema. Las mejoras más importantes permanecen a menudo, durante años, sin que reporten un beneficio financiero considerable; pero un auditorio adecuado aplaude el intento inteligente y osado, a pesar de que su fruto financiero no esté todavía maduro y aunque el interés de un fabricante, a cargo de su propio negocio, no le empuje a hacer uso de él. De esta manera, el moderno intercambio de ideas entre los oficiales especializados está atrayendo hacia el mundo de los negocios gran parte de aquella fuerza progresiva lograda hacía tiempo por la ciencia pura, derivada de la aprobación otorgada a una investigación afortunada por un auditorio seleccionado, aunque escaso. Tal aprobación es rentable y como toda rentabilidad, presente o diferida, atrae elementos de nuestra naturaleza que no son precisamente los más elevados de todos, y en parte por esta razón puede confiarse que se seguirá actuando constantemente. Pero no es éste el único rendimiento, es también simpatía, y la simpatía es la única fuerza sólida que actúa constantemente en la totalidad de la naturaleza humana, ya que no hay nada sórdido en ella. La nueva generación de economistas no tendrá ninguna labor más urgente, ni quizá más agradable, que la de descubrir, con cantidades lo más exactas posibles, hasta qué punto esta clase de fuerzas puede ocupar el lugar de la cruda fuerza de la persecución de la ganancia material privada, que está siendo debilitada, en algunos aspectos, por el crecimiento de los grandes negocios, especialmente de aquellos sometidos al control público.

* * *

Estoy abusando hace ya rato de vuestra paciencia y debo concluir, aunque no he hecho sino tocar el aspecto exterior de la cuestión. Así, pues, en suma, en la época de la vieja generación se ha puesto de manifiesto, junto a la duda mantenida por otros, estudiosos, en diferentes países que el verdadero estudio inductivo de la Ciencia Económica es la investigación, disponiendo los hechos con la finalidad de descubrir ideas, algunas temporales y locales, otras universales y eternas, y que el verdadero estudio analítico de la Ciencia Económica es la búsqueda de las ideas latentes en los hechos, que han sido dispuestos ordenadamente por el historia-

dor y el observador de la vida contemporánea. Cada uno de estos estudios complementa al otro, no hay rivalidad u oposición entre ellos; todos los estudiantes de Economía utilizan a veces el método inductivo y a veces el analítico, y casi siempre los dos a la vez. Hay una diferencia en proporción entre los diferentes estudiosos: como un estudioso puede comer más alimento sólido y otro puede beber más líquido; pero todos deben beber y comer, so pena de que se mueran de hambre o de sed. La vieja generación de economistas ha trabajado utilizando la controversia como método para la extinción de aquella controversia. Ha establecido la armonía entre el estudio de los hechos y el de las ideas, ha mostrado la necesidad de un espíritu universal en la interpretación de los hombres tanto como de los hechos. Ha hecho mucho para lograr las líneas más importantes del análisis cualitativo, pero no ha luchado a brazo partido con las dificultades del análisis cuantitativo. No ha pasado todavía suficiente tiempo para valorar exactamente su trabajo constructivo. Pero, a todas luces, ha aclarado el campo para el trabajo constructivo del linaje más numeroso y fuerte de economistas que los deban seguir; y acaso, cuando la gente mira un siglo atrás, puedan hablar amablemente de ellos, no tanto por lo que se ha logrado como por la preparación llevada a cabo para que vosotros lo logréis.

El problema de las aspiraciones sociales toma una nueva forma en cada época; pero por debajo de todas las formas se mantiene el principio fundamental de que el progreso depende principalmente de la extensión que alcance la solidez, y no simplemente la altura de las fuerzas de la humana naturaleza para el aumento del bien social. Hay algunas dudas sobre lo que realmente es el bien social, pero no atacarán los fundamentos de nuestro esencial principio. Siempre se ha estado de acuerdo en que el bien social se basa principalmente en el ejercicio y saludable desarrollo de las facultades que traen a cambio la fidelidad, porque sostienen el propio respeto y mantienen la esperanza. Ni la utilización desmedida de gases en los altos hornos puede compararse al triunfo de trabajar por el bienestar público, agradable en sí mismo, y de estimular a los hombres de todas clases hacia intentos elevados por otros medios que los evidentes de derrochar dinero.

Nosotros necesitamos alentar una labor depurada y una sana

iniciativa, acompañados del caluroso aliento de simpatía y apreciación de aquellos que verdaderamente lo comprenden. Necesitamos atraer el consumo a caminos que fortalezcan al consumidor y hacer un llamamiento a las mejores cualidades de aquellos que suministran el consumo.

Otras generaciones en el apogeo de su vigor, en arte y literatura, en el mundo antiguo y medieval han encontrado métodos para hacer esto con más o menos éxito; pero sus aspiraciones han tenido un horizonte estrecho, limitado al bienestar de unos pocos afortunados. La vieja generación de estudiantes de ciencias sociales se ha esforzado por operar con el problema sobre unas bases más amplias, y vuestra generación está llamada a continuar aquel trabajo con mayor conocimiento y con mayores recursos. Vosotros sois los llamados para aplicar vuestro conocimiento de historia y especialmente de historia contemporánea, vuestras facultades de análisis y de medición cuantitativa, vuestra fantasía y vuestra intuición, vuestros instintos y vuestras simpatías a la gran tarea de utilizar los vastos productos actuales del esfuerzo humano para la producción de seres humanos que sean alegres por sí mismos y fuentes de alegría. Tanto en el futuro como en el pasado, la principal palanca es la esperanza, esperanza para el hombre en sí mismo y esperanza para aquellos que le quieren. Vuestra generación relevará a la anterior dentro de los caminos trazados, atrayendo incesantemente el poder de la beneficiosa influencia de la esperanza a los hogares de las clases humildes.

Vuestra generación, junto a lo que ya se ha hecho, es la llamada para investigar en un clima confiado, pero todavía analítico y crítico, la medida en la cual aquella fuerza de asociación y simpatía, que, como hemos apuntado ya al principio, actúa poderosamente entre los empleados especializados en grandes negocios, puede extenderse al público en general; hasta qué punto aquella fuerza puede *llevarles* a elevados empeños, como el buen pastor conduce su rebaño sin que requiera la fuerza compulsiva de la acción directa; cómo, en la medida en que ello sea posible, desaparece la antigua doctrina de que los muchos puedan anhelar para que los pocos puedan conducir. Vuestra generación reconocerá que los hombres no son iguales por naturaleza y no puedan hacerse iguales por artificio. Reconocerá que debe hacerse algún trabajo que no

resultará muy grato. Pero intentará aplicar el creciente conocimiento y los recursos materiales del mundo para reducir tal trabajo a unos estrechos límites y para extirpar todas las condiciones de vida que sean en sí mismas degradantes. No se podrá esperar una rápida mejora en las condiciones de vida del hombre, porque éste forma parte de todo lo que a él le constituye y no puede cambiarse a sí mismo bruscamente. Pero vuestra generación presionará constantemente para conseguir el ideal, lejano, donde las oportunidades de una vida noble puedan ser accesibles para todos.

ALFRED MARSHALL